

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



No
586

ROBERT
MONTGOMERY

25
cts

DOROTHY
JORDAN

AMOR RABIOSO

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE**

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 586

LOVE IN THE ROUGH

Amor rabioso

Interesante asunto, interpretado por
Robert Montgomery, Dorothy Jordan, Dorothy Sebastian, etc.



Es un film de la famosa marca
METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER
Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotograffa de
CARMEN LARRABEITI

Amor rabioso

Argumento de la película

Kelly era un alegre muchacho empleado en los grandes almacenes Waters. Una mañana llegó muy tarde a su ocupación. Había ido a un baile la noche anterior y se le pegaron las sábanas.

Benny, otro dependiente de la casa, le dijo:

—¡A qué horas vienes, chico!

—El amo no se va a enterar.

—¿Que no? Ya llegó y está hecho una fiera.

Preguntó por ti.

—¿Y qué?

—Lo que te llamó no está ni en el diccionario.

—¡Ese viejo melón! ¡No puedo verlo! ¡Ese viejo imbécil!

Fijóse entonces Kelly, por medio de un espejo, en que el señor Waters acababa de en-

trar en el despacho y había oído todos sus improperios. Y rectificando inmediatamente sus anteriores palabras, exclamó:

—No digas; Waters es una buena persona.

Y empezó a buscar por el suelo a tiempo que añadía:

—¡Ese miserable ratón!... ¡Ese odioso ratón!

Waters avanzó hacia Ketty. Era un hombre de mediana edad, muy adusto en sus maneras.

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Buenos días, señor Waters! Perdone usted. Quería coger un ratón.

—Es usted un mal bicho.

—Pero, señor Waters...

Benny, distraído, tropezó y tiró al suelo, rompiéndolo, un juego de café.

—¡Está usted despedido, imbécil!—le gritó el principal.

—¡Pero, señor Waters, si solamente rompi tres piezas!

—¡Ya sé! Pero eso basta. Salga de aquí. En caja le pagarán.

Benny se alejó tristemente, y Kelly, protestó contra la que creía injustificada expulsión de su compañero... E involuntariamente vino a derrribar también varios objetos, lo que indignó de nuevo a Waters.

—Usted también está despedido... Váyase de aquí.

—Muy bien. Me voy. Me alegro de irme. Está usted poniéndose insoportable.

—Mis razones tengo. No puedo remediarlo. Estoy muy-preocupado...

Y la voz de Waters adquirió un tono más

amable como si se sintiera propicio a la confidencia.

Kelly intentó saber.

—¿Qué le pasa? ¿Dinero?

—No.

—¿Su mujer?

—Peor que eso.

—No comprendo.

—El golf!

—¡Caramba!

—Sí. El golf me absorbe todo el tiempo. Está arruinando mi negocio, mi salud, mi vida... No le doy a la pelota ni por equivocación...

—Es raro!

—Diez y seis veces para salir de la arena... Pero, ¿qué le estoy contando a usted?... No puede comprenderme.

—¿Que no? Yo también juego al golf.

—¿Usted?

—Soy campeón en mi ciudad natal. Mire el trofeo.

Y le enseñó una medalla ganada en un campeonato...

Las facciones de Waters parecieron transformarse. Para él el golf constituía la obsesión de su vida, y la idea de que Kelly era un campeón, de que Kelly podía darle lecciones, le llenaba de contento.

Le cogió afectuosamente por un brazo y tuéandole por primera vez, olvidándose del rigorismo con que le había tratado poco antes, le dijo:

—Oye, Kelly, tienes que entrenarme para jugar bien.

—Estoy despedido.

—Fué una broma.

—Me quedaré, pero Benny también debe quedarse.

—Bueno... Y tú vas a vivir conmigo en el Club Oakmont.

La alegría llenaba el corazón de Kelly. He ahí cómo un simple deporte le iba a reportar infinitas ventajas.

—Acepto la proposición, pero para ello se necesita tiempo.

—Quedarás dispensado de los trabajos de oficina. Vas a vivir en el Club. Pero es un círculo aristocrático y allí nadie debe saber que tú trabajas en mi casa de transportes.

—Por la cuenta que me tiene, callaré.

Accionaba Kelly con tanta violencia que sin querer vino a derribar un jarrón colocado sobre un pedestal... La sangre se le heló en las venas.

—Usted perdone.

—No importa. De todos modos lo iba a romper yo...

Y el principal se alejó sonriente, dispuesto a tolerarle todo al que iba a ser su maestro en el juego.

Kelly se apresuró a telefonear al cajero de la casa.

—Oiga, soy el compañero de mister Waters. Salgo de viaje y necesito dinero. Prepáreme una buena cantidad. Dígaselo a Waters.

Dejó el teléfono y miró sonriente a Benny que acababa de entrar.

Benny era un infeliz, un hombre de los que ocupan siempre en el mundo una posición secundaria.

—¿No sabes, chico? Me voy a pasar dos

semanas en el Club Oakmont. Una delicia... Todos los gastos a cuenta de Waters.

—¿Te has vuelto loco?

—El loco debe ser Waters... Está chiflado por el golf y como yo sé jugar bien... pues lo tengo metidito en el bolsillo.

—Llévame contigo, Kelly. No gastaré apenas. Seré tu criado, si te parece.

—Hombre, no está mal... Me aguantarás los bastones de golf... Te quedas conmigo. Estoy seguro de que Waters no podrá inconveniente alguno.

—¡Viva, chico, viva!

Y se abrazaron entre un gran bullicio que causó la extrañeza de los demás empleados acostumbrados a que en aquella casa sólo gritara el principal.

* * *

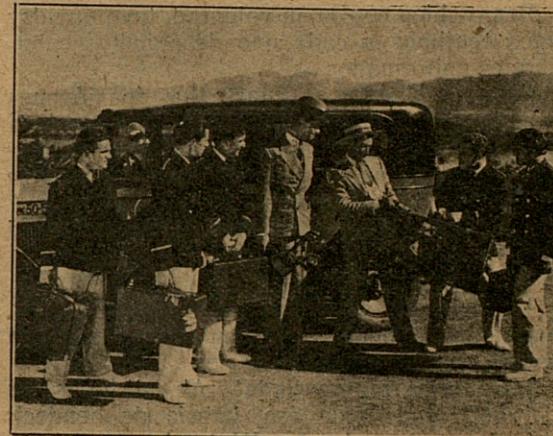
Al día siguiente Kelly y Benny llegaron al Club de Oakmont, magnífico hotel que habitaban numerosos jugadores de golf.

El señor Waters les había ordenado que se adelantasen, que él llegaría horas después... Y los dos muchachos se apresuraron sonrientes a vivir una vida aristocrática.

Kelly era un chico elegante, que había vivido bastante y sabía hacer alarde de mun-danidad. No así Benny, que nunca había visto otra vida que la suya de empleado insignificante.

Desde el primer momento vieron que en el hotel, el régimen de propinas estaba a la orden del día.

Kelly había entregado el dinero a su amigo y criado para que pagara las gratificaciones, pero Benny se abstendría todo lo posible de ello.



Kelly y Benny llegaron al club.

—Oye, tacáño, tienes que aprender a dar propinas como un caballero.

Apenas se hubieron instalado en el hotel, una media docena de criados que habían intervenido en abrirles la portezuela del coche, transportarles el equipaje, cuidarse del ascensor, entregarles la llave del cuarto, etc., se presentaron ante ellos, y seriamente, puestos en fila, esperaron la gratificación.

Benny, disgustado, simuló que no les había

visto y mirando desde la ventana comenzó a ponderar el excelente paisaje que desde allí se divisaba.

—¡Déjate de tonterías y dales la propina! —le dijo Kelly en voz baja.

Benny, bien contra su voluntad, tuvo que dar unos céntimos a cada uno de aquellos caballeros uniformados.

Iban a volver a su cuarto los dos jóvenes cuando vieron pasar ante ellos a una preciosa muchacha, un tipo finísimo y elegante de mujer moderna, quien con una voz muy dulce dijo a uno de los criados:

—Se me olvidó el ukelele... ¿Quiere usted traérmelo?

—Con mucho gusto.
Las miradas de Kelly y de la joven se cruzaron un momento, y el empleado sintió una suave emoción en todo su ser.

¡Qué criatura tan linda! ¡Ah, si todas las del golf eran como ésa, habría de bendecir más de una vez al señor Waters!...

La desconocida se alejó, y entonces Kelly preguntó a otro criado si sabía quién era la muchacha.

—Es Marylyn Crawford, la hija del rey del trigo; una buena jugadora de golf.

—Muchas gracias, Benny, págale al joven por su información.

Nueva propina, y Kelly y Benny marcharon a la habitación que les habían destinado en uno de los últimos pisos...

Deseaba Kelly jugar cuanto antes al golf para tener ocasión de hablar con mujercita tan linda como aquélla.

En un santiamén se vistió el traje apropiado para aquél deporte y ayudó a arreglar el vestido de Benny, ciñéndole las bandas que se ponía de un modo lamentable.

—¡Un poco más de elegancia, hombre!

—Yo no sé jugar al golf.

—Ni falta que te hace. Toma esta cesta con los bastones de golf. Todo tu trabajo consiste en aprender a llevar eso al hombro y en seguirme durante las jugadas para que yo pueda cambiar de bastón.

—No me va a gustar.

—Te gustará con el tiempo.
Salieron al campo. Kelly, muy elegante, con la soltura del hombre acostumbrado a jugar; el pobre Benny, tropezando a cada momento y sintiendo que le pesaban mucho aquellos estrambóticos bastones.

Procuró Kelly ir al lugar donde Marylyn, la joven que tan excelente impresión le había causado, estaba jugando con un muchacho.

¡Qué silueta tan elegante la de ella al ir a lanzar la pelota! ¡Qué armonía en los movimientos y en las formas!

Pero antes de que fuera a hacer la jugada, Marylyn dejó el palo y se quejó débilmente mirándose uno de sus dedos.

—¡Dichosa ampolla!... ¿Tienes tafetán, Harry?

Kelly ofreció a Marylyn su tafetán.

—Yo tengo, señorita.

—¡Muchas gracias!

Cortó Kelly un pedacito y lo colocó sobre una pequeña ampolla que tenía ella sobre la piel.

—No queda bien pegado si no se pone la mano encima —agregó Kelly sonriente, acariciando la herida.

ciando el sitio donde había colocado el parche.

—¡Muchas gracias!

—Me llamo Kelly Winty, señorita... Consideréreme su más humilde servidor.

—Gracias. Yo soy Marylyn Crawford.

—Lo sabía.

—¿Me conocía usted?

—Siempre me he interesado por la belleza.

Harry lanzó una terrible mirada a Kelly y dijo:

—Continuemos jugando, Marylyn... Después se hace tarde y no hay tiempo.

—Sí. Juguemos.

Y despidiéndose con una sonrisa deliciosa de Kelly, lanzó la pelota a excelente distancia.

De buena gana, Kelly hubiera jugado con Marylyn, pero como no le habían invitado, jugó solo y con verdaderas dificultades, porque, Benny, torpe y pesado a más no poder, se le ponía delante, impidiéndole el libre movimiento de sus brazos, y estando él a punto varias veces de hacerle daño con los bastones.

Benny estaba nervioso y de buena gana hubiera renunciado a su oficio. Se metía siempre junto a Kelly, y naturalmente, recibía los golpes de su maza. Además le fatigaba el peso de tantos bastones... Emperaba a arrepentirse de haber aceptado aquella ocupación. Se encontraba más descansado en casa de Waters y eso que el trabajo abundaba allí.

Pero como Kelly era un gran jugador, a pesar de las pendiencias que debía tener continuamente con su ayudante, jugaba bien, sor-

teando con habilidad los obstáculos de todo género.

No se había alejado de donde se hallaba Marylyn con un ferviente deseo de no perderla de vista...

Una de las pelotas lanzadas por la mano diestra de Kelly vino a caer precisamente muy cerca de la pelota que Harry, el compañero de Marylyn, acababa de arrojar.

Para poder echar la suya en el agujero de reglamento, Kelly tenía que hacerla saltar sobre la de Harry que interceptaba el avance. Jugada difícil y de gran maestro.

Avanzó hacia Marylyn y Harry, y éste, furioso, le dijo:

—Sepa usted que no debe molestar a los demás y que habiendo tanto terreno no hay por qué jugar en sitio que ya está ocupado.

—Les pido perdón, pero se me desvió la pelota y vino a caer aquí.

—Además que ahora no podrá adelantar... Es una jugada imposible.

—¡Quién sabe!

Y después de sonreír a Marylyn que le contemplaba con graciosa mirada realizó la jugada de una manera habilísima, consiguiendo pasar por encima de la pelota de Harry, sin rozarla siquiera y llegar a la meta de una manera limpia y exacta.

Marylyn se entusiasmó.

—¡Es usted un gran jugador! ¿Quiere jugar con nosotros?

—De mil amores.

—Pues vamos... Harry, te presento a Kelly Winty... El señor Harry Johnson...

—Mucho gusto.

Se contemplaron con frialdad adivinándose dos verdaderos rivales. Y comenzaron a jugar... procurando cada cual hacerlo mejor, con más precisión que el otro. Marylyn les contemplaba sonriente y ambos sentían a la vez por ella un amor súbito y rabioso.

Benny no estaba dispuesto a sudar más, yendo de un lado a otro, cargado como un mozo de cuerda.

Así es que viendo allí cerca un pequeño auto Ford, propiedad del jardinero del Club, creyó haber encontrado la salvación.

Habló con el jardinero, un mocetón negro y sonriente.

—Quiero alquilar el auto para llevar esos palos.

—No puede ser.

—Pago veinticinco centavos.

—¿Veinticinco centavos por un coche como este? No en mis días.

—Tome cincuenta y déjemelo un rato.

Vació el negro pero al cabo accedió.

—Suba a él... Pero no lo estropee. Si lo rompe le rompo la cabeza.

Puso Benny en marcha el motor y tranquilamente comenzó a avanzar por el campo liso y verde... Y distraído, mirando a los jugadores, no se dió cuenta de que iba en dirección a un árbol de grueso tronco. El choque fué inevitable, partiéndose el auto en varios pedazos, sin que Benny resultara herido.

Echó a correr al darse cuenta del accidente, y el jardinero, furioso, empezó a pegarse puñetazos en la cara maldiciendo el instante en que por la ambición de unos céntimos había

dejado el coche a un hombre inexperto como aquél.

El juego siguió sin novedad; el muchacho que guardaba los bastones de Marylyn sirvió también los de Kelly. Y el partido acabó con la victoria de éste, y el consecuente disgusto de Harry, que aseguró le tomaría el desquite muy en breve.

* * *

A la mañana siguiente llegó el señor Walters. La presencia de su principal disgustó profundamente a Kelly, pues le era molesto tener que enseñar a jugar a Waters en vez de dedicarse por entero a Marylyn.

Aquella mañana simuló haberse torcido un pie y evitó el jugar con Waters, yéndose a hacerlo con la muchacha que tan profundamente le cautivaba.

Mas por la tarde, se vió en la precisión de darle varias lecciones a su amo, que éste no supo aprovechar, pues realmente era muy torpe para aquel deporte al que tan aficionado se sentía.

Sin ánimo de jugar más aquel día ante sus fracasos, prefirió ver cómo jugaba Kelly y admiró sus partidas maestras, la habilidad y puntería magnífica de su brazo.

En días sucesivos, jugó con Kelly, recibiendo las lecciones que éste le daba y admirándole cada vez que el muchacho realizaba uno de sus partidos extraordinarios.

Kelly procuraba siempre que podía escabu-

llirse de su amo, dedicando todos sus ratos a Marylyn que le parecía interesantísima, no sólo como jugadora, sino de un modo particular, como mujer.



...dedicando todos sus ratos a Marylyn...

Habían simpatizado mucho, con una simpatía que les llevaba al amor.

Benny, por su parte, pasaba también los ratos libres "flirteando" con la camarera del hotel, o tocando una pequeña flauta con la que procuraba vencer su aburrimiento. Pero el pobre vivía en un continuo sobresalto. Varias veces le había perseguido el negro que quería pedirle daños y perjuicios por el automóvil estropeado.

Kelly obligaba a su amigo no sólo a ser-

virle de ayudante en el golf, sino también de músico para los momentos sentimentales.

—Toca algo sentimental mientras hablo con Marylyn—le dijo un día.

—Descuida. Tengo una orquesta contratada.

Benny y varios muchachos a los que él había provisto también de flautas se ocultaron entre la arboleda y dieron un concierto de trinos románticos a Marylyn y a Kelly que se habían sentado en un banco de una terraza cubierta.

Estaba lloviendo, habían tenido que interrumpir su partida de golf, y la lluvia, que es un elemento lírico de primer orden, ponía sentimiento y ternura en el alma de la pareja.

Kelly, subyugado por la lluvia finísima, por la mirada suave de aquella mujer, por la música que Benny y sus amigos tocaban, declaró su cariño a Marylyn, sin acordarse de la distancia social que les separaba, de que ella era hija de un millonario y él, un pobre empleado de comercio.

Ella, por toda contestación, le besó los labios y vivieron unos momentos de delicioso éxtasis hasta que la presencia de varios jugadores que reían al verlos tan acaramelados, les hizo marchar precipitadamente.

Marylyn vivía sola en el hotel... Su padre había tenido que ausentarse por motivos de negocio, aunque no tardaría en volver. Para entonces pensaba Marylyn contarle el secreto de su corazón.

Al día siguiente se celebraba el partido de campeonato. Waters, que se consideraba todavía un aprendiz, había renunciado a tomar parte en él, prefiriendo apostar en favor de Kelly

que jugaría contra Harry, considerado también uno de los mejores jugadores del Club.

Benny hacía días que no veía al jardinero y esto le tranquilizaba. Aquel día, al regresar al hotel, Kelly le preguntó:

—¿Aun tienes miedo al jardinero?

—¿Yo... miedo?... Me gustaría romperle la cara.

Avanzaba sonriente bajo el paraguas que le resguardaba de la lluvia. De pronto vió aparecer al negro... Corrió Benny como un desesperado, perseguido por aquel hombre que estaba dispuesto a vengarse, fuera como fuese.

Benny fué a ocultarse en su habitación, y Kelly tuvo una conversación con el jardinero, rogándole que dejase de perseguir a aquel muchacho, pues ya le pagarian una buena indemnización, y pareció tranquilizarse el dueño del coche con esas promesas.

Kelly, que se sentía infinitamente feliz por el amor de Marylyn, se dirigió a su habitación encontrando a Benny que se había metido en cama a causa del pánico que le había inspirado el jardinero.

—Vas a llevarme los bastones mañana.

—Me siento mal... Estoy muy enfermo...

—Comprendo la clase de tu enfermedad. Se llama pánico, pero no temas. Lo del jardinero está ya casi arreglado.

Benny, que no las tenía todas consigo, simuló continuar enfermo.

Waters estuvo a verlo, y habló con Kelly acerca del campeonato de mañana. De común acuerdo decidieron que Waters no tomara parte en él... Lo haría Kelly, quien prometía dar

nuevas y variadas lecciones a su antiguo principal.

Muy agradecido a su empleado, Waters se despidió de él y avisó al médico para que fuese a visitar a Benny, pues estaba enfermo.

No tardó en aparecer el doctor. Benny se hallaba en un estado de profunda excitación, pues su amigo, dispuesto a burlarse de él, le había hecho tomar por la fuerza una cuchara de aceite de ricino... Ya vería qué bien iba a ponerse para el día siguiente.

Habían dejado la cuchara junto a una vela encendida... El doctor se dispuso a examinar la garganta del supuesto enfermo y cogió la cuchara introduciéndola en la boca de Benny. La cuchara ardía y el pobre muchacho dió un grito espantoso saltando de la cama y tomandose el contenido de una botella que estaba encima de la mesa. ¡Y horror!, había ingerido gasolina en vez de agua...

Largo rato duró su desesperación hasta que tomando unos refrescos consiguió tranquilizarse... Y a fin de evitar nuevos percances aseguró a su amigo que ya se encontraba bien y que al día siguiente le sostendría las mazas del golf...

Casi era preferible recibir una paliza del jardinero que tomar otra vez ricino, gasolina y probar el gusto de una cuchara ardiente en la garganta.

* * *

Por la noche se celebró un gran baile en el hotel. Kelly, impecablemente vestido de frac asistió a la fiesta y bailó mucho con Marylyn

con el consiguiente disgusto de Harry que se entregaba a todos los diablos.

La noticia de que Marylyn y Kelly sostenían un "flirt" se esparció entre todos los consumidores, y hubo muchos que quisieron saber qué hacía el afortunado mortal que se llevaba a tan linda millonaria.



...bailó mucho con Marylyn, con el consiguiente disgusto de Harry...

Uno de los caballeros tuvo el atrevimiento de preguntárselo a Kelly y éste contestó sencillamente:

—Trato en negocios de transportes.

—Debe ganar mucho dinero.

—Estoy contento.

El caballero transmitió a otros amigos la contestación, pero ya de una manera diferente, con ese afán de exagerar las noticias, que crecen y aumentan a medida que pasan de unos labios a otros.

—Kelly es el apoderado de una casa de transportes...

Los que habían oido la nueva la comunicaron a su vez a otros.

—He oido decir que Kelly es el subdirector de la Compañía Internacional de Transportes.

—Un empleo magnífico...

La bola seguía avanzando. Aprovechando un momento en que Marylyn se había separado de Kelly, una de las damas corrió a hablar con la joven.

—La enhorabuena. Ya sé que tienes un "flirt" con Kelly...

—Nada de particular aún... Nada serio...

—Es un chico que vale mucho. Me han dicho que es el director de la Compañía Internacional de Transportes.

—No sabía. Nada le había preguntado. Pero, naturalmente, le supongo rico.

Volvió Kelly al lado de Marylyn para bailar otra danza con ella. Se sentía inmensamente feliz. Se olvidaba de su condición para pensar sólo en la criatura que había encendido pensamientos de amor en su espíritu.

Otro de los invitados habló con el señor Waters acerca de la noticia del día.

—Ya tenemos un nuevo "flirt". El de Marylyn con el joven Kelly.

—¿Qué me cuenta usted?

—Pero no lo sabía?... Marylyn ha apostado

a favor de Kelly tres mil dólares para el campeonato de mañana.

—¡Magnífico!

—Marylyn es millonaria, pero no hace mal casamiento. ¿No le parece? He oido decir que Kelly es el director general de la Compañía Internacional de Transportes... Y, además, muy rico.

—¿Rico, Kelly?

—Riquísimo.

—Ah, sí!

Se sentía Waters furioso contra su empleado. ¿Cómo éste olvidaba la especial situación en que se encontraba en el Club? ¿Es que no se daba cuenta de que vivía una farsa, de que era un simple dependiente?

Se despidió del amigo que le había proporcionado aquellas noticias y rogó a un criado avisase a Kelly que quería hablarla.

Kelly no tardó en presentarse, y Waters mirándole con viva indignación, le dijo:

—Oye, muchacho, ten cuidado con ponerme en ridículo.

—Pues...

—Le dices a todo el mundo que eres millonario.

—Esto no es verdad.

—Al parecer eres un cazador de fortunas, ¿eh?... Pues eso no se puede tolerar... ¿Dónde se ha visto que un simple empleado como tú ponga los ojos en una muchacha como Marylyn?

Kelly se ruborizó. Hasta aquel instante no había caído en la realidad de la cuenta. En el diálogo del amor para nada había intervenido el interés. Pero aquellas palabras de Waters

le hicieron comprender lo falso de su situación.

—No quiero a Marylyn porque sea la hija de un millonario. Se lo prometo.

—Pues ella te cree un personaje.

—Voy a decirle quién soy y desvaneceré sus dudas.

—No le digas nada. Saben que eres amigo mío y si se enterase de que no eres más que mi empleado, la gente se burlaría de mí... Lo que debes hacer es irte inmediatamente.

—Pero ¿y el campeonato? Marylyn ha apostado a mi favor tres mil dólares.

—Prométeme que te irás después del partido.

Kelly no contestó y repentinamente triste volvió al lado de Marylyn.

La música había iniciado otro baile, y Marylyn bailó con él...

—¡Enhorabuena! —le dijo ella de pronto sonriente—. Ya sé que eres el director de la Internacional de Transportes.

—¿Yo?

—Sí, muy calladito te lo tenías. Ya veo que eres muy modesto.

A punto estuvo de confesarle la verdad, pero era tan bella aquella muchachita, tenía tanto miedo de perderla, que no se atrevió a decirselo.

Salieron al jardín. Las flores les enviaban mil perfumes. Toda la naturaleza exhalaba un suspiro de amor y de esperanza.

El dijo de pronto, tristemente:

—Me voy mañana.

—Oh, Kelly!... ¿Por qué marchas?

—Asuntos de negocio.

—¿Y no te veré más?

—Sería mejor que no nos viésemos.

—¡No... no!... Yo no puedo perderte... ¡Yo te quiero, Kelly!

Se besaron apasionadamente y ella le propuso, decidida:

—Mira. No puedo dejarte. Vamos a casarnos esta misma noche. Seré feliz contigo.

Vaciló Kelly ante aquella proposición, pero era una proposición tan grata, tan halagadora, que todo lo olvidó, cerró los ojos, no quiso ver los peligros que todo aquello encerraba y abrazando a su novia, le murmuró:

—¡Te quiero con toda mi alma! ¡Casémonos!

* * *

Sin que nadie les viese marcharon en automóvil a casa de un pastor que en un santiamente, con esa rapidez de las cosas en el país donde el tiempo es oro, les unió en matrimonio.

Y locos de júbilo, con la deslumbrante dicha del amor al empezar, se dirigieron a un hotelito de pueblo para pasar su primera noche juntos.

El dueño de la fonda les acompañó hasta una sencilla habitación. Era hombre extremadamente tartamudo.

—Este es s's su c c c cuarto...

—¡Muy bien! ¡Gracias! —dijo Marylyn—. Mañana iremos a la ciudad y nós trasladaremos al Palace. ¿No te parece, Kelly?

—Como tú quieras, Marylyn.

—Debo enviar un telegrama a papá comunicándole la noticia.

—¡Tu papá!

Repentinamente se sintió malhumorado. ¿Qué iba a decir el padre cuando se enterara de que él no era más que un pobre diablo? Y Marylyn tampoco sabía la verdad. No se atrevía a romper aquella ilusión.

Sonriente, la joven redactó un telegrama.

—Enviaré el despacho, ¿verdad? —dijo al fondista.

—Sí, sí, sí, se s s s se ño ra... S s soy e e el te te telegrafista.

—Perfectamente! ¿Qué te parece el texto, Kelly?

Y ella leyó:

Querido papá: Me he casado con el hombre más bueno del mundo, Kelly Winty. No me regañarás más por dinero porque es muy rico.

—Oye... ¿Que yo? —dijo Kelly, turbadísimo. Ella le echó los brazos al cuello.

—¡Qué feliz soy, mi Kelly!

El fondista, sonriente, preguntó:

—¿De de deseán a a algo más?

—No. Retírese —le contestó la novia.

—Tenga pa pa para leer...

Puso en sus manos unas revistas que ella riendo echó sobre la mesa.

Quedaron solos los jóvenes. Marylyn le contemplaba sonriente, turbada con la emoción de toda novia en su primera noche de amor... El se sentía no menos emocionado, pero en su emoción había también causas bien alejadas del momento.

Era preciso confesar, decirle la verdad a aquella mujer que le creía rico...

De pronto, ella apagó la luz.

—No la enciendas hasta que te avise... Voy a meterme en cama...

—Oye, Marylyn, tengo que decirte... — exclamó, angustiado.

—Dime antes que nada: ¿Me quieres mucho?

—¡Con toda mi alma!

—¡Qué bien vamos a vivir! Y oye, si papá quiere que compres la casa al lado de la suya, no lo hagas... No quiero que te gastes trescientos mil dólares.

Kelly tembló. ¡Qué lejos de la realidad estaba aquella muchacha! Pero, ¿cómo decirle que?...

—Ya sabes que no me he casado por interés—agregó ella—. Me basta con una casita sencilla y tres o cuatro criados.

Kelly estaba sufriendo horriblemente. Era preciso hablar, sacarla de aquella ilusión, de aquella fantasía... Era preferible decirlo ahora mismo que no más tarde. El era un caballero y no consideraba lícito engañar más a su mujer.

—Ya puedes encender la luz—le dijo ella con voz temblorosa al cabo de unos momentos.

Kelly dió la vuelta al conmutador. Su esposa estaba ya en la cama y le contemplaba sonriente, moviendo los labios en un mohín adorable. Pero Kelly se sobrepuso a la intensidad del momento y no quiso que la farsa prosiguiera un momento más...

—Marylyn, tengo que decirte una cosa muy grave.

—Me asustas. ¿Qué es?

—Yo no soy rico, sino un simple empleado de Waters.

La joven se incorporó, sorprendida:

—¡Oh! ¿Me has engañado entonces? ¿Te has burlado de mí? ¡Y yo, insensata, he podido hacerle caso!

Se echó a llorar; se sentía vilipendiada, burlada.

—Creerás que me he casado contigo por tu dinero; pero no es verdad. Te lo quise decir antes... pero te quiero y tuve miedo de perderte—indicó Kelly.

—No, no, si me hubieras amado de verdad, me lo habrías dicho desde un principio. Te has querido aprovechar de tu silencio, tu casamiento es por simple interés... No me quieres a mí sino a mi dinero.

—Te equivocas y me ofendes, Marylyn.. He obrado mal en no hablar antes, pero nunca podrás volver a repetirme que me casó por interés... Me voy ahora mismo. Anula siquieres el matrimonio... pero siempre te querré...

Y sin dar tiempo a que Marylyn pudiera responderse aún de su sorpresa, salió decidido, con el alma rota por el dolor, y pensando que nunca ella le perdonaría, ante la equivocada creencia de que se había casado por sus millones...

Al verle partir, Marylyn se echó a llorar amargamente y pronunció varias veces el nombre de él. Pero Kelly estaba ya fuera, y aquella fuga, parecía indicar a Marylyn que acaso se había equivocado en su primera apreciación,

que aquél muchacho no la quería por el dinero, sino que la amaba honradamente, por ella misma...

Y esa idea le hizo pasar la noche en vela, diciéndose que había sido injusta al tratar tan duramente a su marido, pues le quería con toda su alma, y aunque fuera pobre seguiría siendo para ella su Ketty encantador.

A primeras horas de la mañana siguiente Marylyn se hizo conducir de nuevo en automóvil al Club, pero no se atrevió a ir al campo de golf, permaneciendo en su cuarto, en espera de que llegase su padre... ¿Qué diría este hombre para quien la pobreza era un defecto capital? ¿No exigiría inmediatamente la anulación de aquel matrimonio? Esta idea la estremecía, pues ella no se sentía con fuerzas para dejar definitivamente a su marido.

Kelly había vuelto al Club. Quería hacer honor a su palabra de jugar el campeonato. Pero una vez hubiera realizado este compromiso, se marcharía de nuevo hacia la ciudad, a vivir su vida de empleado, a llorar su equivocación. Marylyn no le quería... siempre pensaría que se había casado por interés.

A media mañana comenzó el campeonato ante numeroso gentío. Waters animaba extraordinariamente a Kelly por quien había apostado fuerte cantidad.

Ignoraba la gente el matrimonio secreto de Marylyn y de Kelly y todo el mundo extrañaba la ausencia de la joven. ¿Por qué no estaba allí?

Unos habían tomado partido a favor de Harry, pero otros se inclinaban por su contrario. Había gran entusiasmo por ambos bandos y

en ese ambiente de apasionamiento y excitación comenzó el partido.

Benny sostenía el cesto con las mazas y procuraba infiltrar ánimos a su amigo. Pero Kelly se sentía sin fuerzas para triunfar. Y sus primeras partidas fallaron lamentablemente ante la estupefacción general. En cambio Harry jugaba serenamente, con admirable decisión.

Entretanto, el señor Crawford, el padre de Marylyn, llegaba al Club y se entrevistaba con su hija. Estaba furioso, movía los brazos como si fuera a pegar.

—¿Dónde está ese miserable, ese infame cazadotes?

—¡No es un miserable, papá! —dijo su hija defendiéndole apasionadamente—. Es el hombre más bueno del mundo.

—He telegrafiado pidiendo informes de él y me resulta un triste empleado... un desconocido, un don nadie.

—¡No, papá!...

—Va detrás de mi dinero, ¿eh?... Pues no lo tendrás...

—Eso es lo que también creía yo, papá... Pero se ha marchado de mi lado; se sintió ofendido porque le eché en cara todo eso... y ahora comprendo que me quiere por mí misma.

—¿Dónde está ese hombre? Quiero hablar con él.

—Está jugando ahora el campeonato de golf...

—¡Eh! ¿Qué dices? ¿Juega al golf?

—Sí, papá. Juega contra Harry Johnson... Es la final de campeonato.

Las facciones de Crawford se habían transfigurado; su semblante era radiante y alegre.

—¿De modo que juega al golf? ¡Oh! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No me acordé.

—¿No sabes que yo estoy loco por el golf... y que el más grande mérito que puede tener para mí un hombre es que juegue bien a ese deporte?... ¿Qué haces aquí?... Vamos corriendo... Debías estar en el campo dándole ánimos... ¡Qué alegría! ¡Jugador de golf! ¡Ya se lo perdonó todo!

—Pero, ¿es cierto, papá? ¿Le quieres?

—Con toda mi alma. Vamos allá.

Salieron precipitadamente. El señor Crawford era un aficionado extraordinario al golf y nunca había soñado mejor yerno que un jugador de su deporte favorito. Además, daba la casualidad de que le tenía profunda antipatía a Harry Johnson.

Llegaron al campo, y Crawford, saltando la cuerda que separaba al público de los jugadores, fué a saludar a Kelly que llevaba las de perder.

—¡Buenos días!... ¿Qué tal?... Soy tu padre.

—¿Qué dice usted?

—Sí, es igual. Soy el padre de Marylyn... De Marylyn que te quiere...

—¿Cómo?

—Sí. Apruebo esa boda... Mi yerno jugador de golf, ¡qué admirable! Marylyn está allí... ¡Animo!

Kelly vió efectivamente a su esposa en primera fila y corrió a saludarla emocionado.

—¡Te quiero con toda el alma! —le dijo ella.

—No te ofenderé nunca más. Creo en que te casaste conmigo por cariño.

—¡Marylyn!... ¡Alma mía! ¡Yo ganaré por ti!...

Y en un santiamén desapareció toda su pasividad, toda su tristeza y comenzó a jugar con un ánimo admirable, consiguiendo pronto igualar a su contrario, que por su parte jugaba también con toda energía.

Marylyn, Waters y sus amigos daban gritos en favor de Kelly... Y especialmente el señor Crawford no dejaba de gritarle que no se dejase arrebatar la victoria.

Otras personas en cambio animaban a Harry Johnson, quien deseoso de triunfar ante Marylyn realizaba esfuerzos soberanos.

Pero la última jugada la ganó Kelly de una manera difícil, magnífica, propia de un jugador de fama mundial... Y con ella la copa del campeonato.

Desbordó la alegría en el campo. Marylyn corrió a abrazar a su marido, y el señor Crawford, loco de alegría, no cesaba de gritar:

—¡Dénme la enhorabuena!... ¡Soy su padre!

—¿Cómo su padre?

—Sí, se casaron anoche!

La noticia causó sensación entre el gentío, y Harry se alejó, con el alma apenada por la doble derrota en los juegos del golf y del amor.

Waters no salía de su asombro.

—Pero, ¿señor Crawford, ¿sabe usted que...?

—Todo... que era un empleado suyo... todo... Pero ahora va a asociarse conmigo... a mis negocios... a mi vida...

—¿Y qué voy a hacer yo sin Kelly?

Kelly intervino, sonriente:

—No se preocupe. Le daré nuevas lecciones de golf y seré siempre un gran amigo de usted. Gracias a usted he conocido a Marylyn... y le debo por ello eterna gratitud.



...la última jugada...

Benny felicitó también a su amigo, y éste le prometió llevárselo con él a sus futuros negocios y además pagar al jardinero el importe del coche, para que cesara todo recelo del muchacho.

Marylyn y Kelly consiguieron finalmente huir del bullicio y pasear por una avenida umbría y solitaria.

—Marylyn..., te querría del mismo modo... aunque fueses pobre. ¿Me crees? —dijo abrazándola.

—Sí, Kelly. Y no te preocupes más de ello. Papá está loco por ti y te asociará a sus negocios, y serás rico... ¡Qué bien, alma mía! ¡Pero todo te lo mereces, señor campeón!

Y Benny, cerca de ellos, volvía a hacer sonar su música sentimental.

FIN

En las selectas **Ediciones especiales**, acaba de aparecer el film de RENÉ CLAIR

¡VIVA LA LIBERTAD!

ESTA SEMANA:

MALVADA

por Elissa Landi y Víctor Mac Laglen

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de EDICIONES BISTAGNE y se los remitiremos seguidamente.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas . 2. Madre pecadora . 3. Estrella simbólica . 4. La losa del pasado . 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso . 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer . 9. Tras la cortina . 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) . 11. En la vieja Arizona . 12. Honrarás a tu madre . 13. Nobleza baturra . 14. Su majestad El Amor . 15. Amor sinistro . 16. Eugenia Grandel . 17. Ana contra el mundo . 18. La hermana blanca . 19. De mujer a mujer . 20. Mujeres frívolas . 21. No me olvides . 22. El caballero del amor . 23. Estrellas fugaces . 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad . 26. El prisionero de Zenda.
27. Sendas frazioneras . 28. El príncipe Stravos . 29. Fútbol, amor y toros . 30. Hombres peligrosos . 31. Sed de cariño . 32. Luna de miel . 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes . 35. Una mujer en Wall Street . 36. Las tres hermanas . 37. Cara o cruz . 38. La calle del azar . 39. La batalla de París . 40. Malas compañías . 41. El conquistador . 42. La caza del millón . 43. El enemigo silencioso . 44. El príncipe X . 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? . 47. El capitán Tormenta . 48. Arco Iris . 49. Estrellas del «Edén» . 50. Siete días con licencia.
51. ¡Qué hombre tan guapo! . 52. Batacán . 53. La santa amistad . 54. Dramas del circo . 55. El reporter del diablo.
56. Vértigo del tango . 57. La noche es nuestra . 58. El premio de belleza . 59. ¡Siempre alerta! . 60. El misterio de Villa Elena . 61. El testamento Nodelkot . 62. Oro y sangre.
63. Ingenuidad peligrosa . 64. La locura del oro . 65. Hermanas frívolas . 66. Estrellas de Occidente . 67. Desamparado.
68. Un plato a la americana . 69. La casa de la flecha . 70. El defensor . 71. Jóvenes pecadores . 72. Esposas de médicos . 73. Su hombre . 74. ¡Vaya mujeres! . 75. Todo por el aire . 76. Flor de pasión . 77. Por un par de pijamas.
78. Pobre tenorio . 79. Música de besos . 80. El otro yo.
81. El camello negro . 82. A toda marcha . 83. Ma voy a París . 84. Gordas y llacas . 85. Estaré sola a media noche.
86. El hijo pródigo . 87. La aventurera . 88. Tres muchachas francesas . 89. El temerario . 90. Mi padre es un fresco.
91. Ternura . 92. Rascacielos . 93. Un provincial en París.
94. Dlossas de Montmarfre . 95. La huertanita . 96. El centauro . 97. Cuatro estudiantes . 98. Luz de Montana . 99. La riada . 100. El pufal malayo.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18851 - BARCELONA
